

NOTAS Y COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

La vitivinicultura en la Argentina: 1964.

El Instituto Nacional de Vitivinicultura ha editado, a principios de 1965, un fascículo, fundamentalmente de tipo estadístico, que permite actualizar el panorama de este cultivo industrial, básico en el desenvolvimiento de un importante sector del territorio argentino ¹. Dentro de una perspectiva histórica, además, esta publicación sirve para señalar distintas modificaciones habidas en el complejo agrario que responde a esta actividad ². De igual modo, pueden compararse las cifras de esta evolución, tanto en el orden mundial como en las diferentes áreas consagradas a la vid en la Argentina.

El viñedo argentino responde ampliamente a las modalidades de una agricultura de especulación, cuya producción es absorbida, prácticamente en forma exclusiva, por el mercado interno. Esta orientación explica la búsqueda de altos rendimientos, lo cual, unido a su juventud, le otorga un sitio destacado en el plano mundial, en lo que respecta a la elaboración de vinos, pese a poseer superficies plantadas y producción de uva inferiores a las de varios países. En efecto, de acuerdo con el anuario de producción de la FAO correspondiente a 1963, el rendimiento, en hectolitros por hectárea, es en la República Argentina de 79,80, con lo cual supera holgadamente a los principales productores mundiales, como Francia (53,02), Italia (39,35), España (13,93), Portugal (46,27), Argelia (40,05) y Estados Unidos (54,62). En consecuencia, esto da a nuestro país el cuarto lugar en volumen de producción vinícola, luego de Francia, Italia y España, no obstante que el área ocupada por viñas (265.357 ha), a estar de los datos proporcionados por el boletín de la Oficina Internacional de la Viña y del Vino, es inferior —aparte de Francia, Italia y España— a la de Portugal (338.614), Argelia (361.000), URSS (1.039.000), Yugoslavia (266.000), Rumanía (290.600) y supera levemente al sector californiano de Estados Unidos (253.000).

¹ INSTITUTO NACIONAL DE VITIVINICULTURA, *Síntesis de Estadística Vinícola*, Mendoza, 1965, 107 pp., 10 diagramas.

² Cf. ZAMORANO, M., *El viñedo de Mendoza*, en «Boletín de Estudios Geográficos», vol. VI (Mendoza, Instituto de Geografía, 1959), pp. 49-99.

Subsiste el incremento en cuanto al número de hectáreas dedicadas a la vid. En un lapso de quince años (1949 a 1963 inclusive), el aumento representa un porcentaje del 54,8 %, a partir de las 171.394 entonces cultivadas. Del total, al 31 de diciembre de 1963, es decir, las ya señaladas 265.357 hectáreas, corresponden a Mendoza el 71,12 %, a San Juan el 18,83 % y a Río Negro el 5,34 %, siendo el resto perteneciente a diversas provincias, particularmente a La Rioja, Buenos Aires, Córdoba, Catamarca y Salta en todos los casos con porcentajes inferiores al 1 %.

Las cifras aportadas por el Instituto Nacional de Vitivinicultura son indicativas de modalidades bien definidas en cuanto a los sistemas de conducción de la planta. El censo de viñedos, actualizado a fines de 1963, muestra cómo en Mendoza, el centro tradicional e indiscutible de instalación, hay un neto predominio de la espaldera, especialmente en su forma baja (82,07 %), completada con un 4,39 % de la espaldera alta, mientras que el parral sólo se extiende en un 13,25 %. San Juan, por el contrario, invierte la proporción, con un 79,77 % de parral, y un 19,41 % de espaldera baja. Es interesante cotejar este dato con los rendimientos, que otorgan a San Juan una primacía no sólo en el país sino también en el mundo. Las cifras provisionales de 1964 dan a dicha provincia un promedio de 160,4 quintales por hectárea.

La preocupación en cuanto a los rendimientos, por lo demás, está en la base de otro testimonio elocuente: el desplazamiento progresivo de ciertas variedades, en la búsqueda de las que producen más. Desde los comienzos de la implantación del viñedo —en especial en Mendoza— el cepaje preferido fue Malbeck, el cual debe estimarse que en los primeros decenios de este siglo representaba un 70 %. En los últimos años, sin embargo, se acrecienta la incorporación de otras uvas de vinificar, sobre todo Cereza, Pedro Giménez y Barbera, además del lugar importante ocupado siempre por la Criolla. Como consecuencia de este proceso, las variedades dominantes son hoy: Malbeck, pero sólo con un 23,2 %, y luego Criolla chica (16,7 %), Criolla grande (11,2), Cereza (8,2 %), Pedro Giménez (6,7 %), Barbera (5,5 %) y Moscatel de Alejandría (4,5 %). Continúan otras, con cifras que oscilan en las 5.000 ha, frente a algo más de 220.000 de las destinadas a la vinificación. Son éstas: Semillón, Torrontés, Moscatel Rosado, Pinot Blanco y Malvasía. También aquí existe un contraste marcado en las preferencias, en las dos provincias más vitícolas. En San Juan, la Malbeck es prácticamente inexistente (1.693 ha), mientras se destaca la preponderancia de Cereza (11.826 ha), Criolla chica (10.745) y Moscatel de Alejandría (9.348). En Mendoza, como puede entresacarse de la comparación entre San Juan y la repartición general ya mencionada, la Malbeck conserva, aunque disminuida, su primacía: 51.577 ha en 1963 (27,7 % entre las uvas de vinificar), y junto con Criolla grande (26.305), Criolla chica (29.188) y Pedro Giménez (12.587), se incluye entre las cuatro variedades más plantadas. No puede desestimarse, por

cierto, la importancia de Barbera (9.439 ha), Verdot (8.849) y Cereza (7.758).

El destino casi ineludible de la producción es vinificar, como lo indica con elocuencia el porcentaje destinado a este fin en 1963. De un total de 26.784.642 quintales de uva obtenida, el 95 % (24.114.359) fue convertido en vino. Dentro de esta orientación, subsiste la modalidad tan típica del viñedo argentino, de vender el producto o bien elaborar por cuenta de terceros. A ello debe agregarse que la elaboración propia es realizada, sobre todo, en las grandes bodegas, lo cual nos señala el grado de la disociación viña-bodega y nos da la tónica que tanto repercute en las condiciones de la comercialización e incluso en el habitat rural, por lo general aislado desde el punto de vista de la instalación de viviendas, con respecto a los grandes centros que albergan las "fábricas" de vino. Para 1964, la uva comprada alcanza un 45,38 % y la elaborada por cuenta de terceros representa un 18,46 %. Resta, pues, un 36,16 % de uva vinificada por quienes se encargan también de su cultivo. En San Juan, en el año citado, los porcentajes respectivos son: 52,59, 27,34 y 20,07. El grado de absorción de las grandes bodegas es elevado. En Mendoza, por ejemplo, las 226 bodegas cuya capacidad de elaboración es superior a los 30.000 hectolitros cada uno, poseen en conjunto una posibilidad de vasija vinaria de 16.373.051 hls, es decir, el 62 %. En este rubro, sin embargo, debe señalarse el incremento del cooperativismo y la gravitación que corresponde a bodegas estatales, cuyo caso más resaltante es el de la Bodega del Estado en San Juan. Esta importancia de la acción oficial, sin duda, ha de acrecentarse en el futuro.

Es significativo, en otro orden de cosas, el reemplazo cada vez mayor de la vasija de madera, índice de que, pese a las virtudes que se le reconocen para una buena vinificación, priva el deseo de una rentabilidad superior. En efecto, la disminución progresiva ha llevado, en 1964, a que sólo un 8,96 % de la vasija empleada sea de madera.

La elaboración de vinos tuvo su año *record* en 1963, con 20.743.980 hectolitros, cifra que disminuyó a 19.533.394 en 1964. Dos acotaciones pueden hacerse, válidas para este último año: la tendencia hacia los vinos comunes, y la acusada predominancia de los tipos tinto y criollo. Un 94,75 % de los vinos han sido declarados comunes, si bien una parte es luego destinada a más cuidadoso proceso. En segundo lugar, se adjudica a los tipos tinto y criollo un 69 %, si bien las proporciones varían en Mendoza (sólo un 11,37 % de blanco) y en San Juan (54,58 % de vinos blancos).

En fin, la expansión de la industria no muestra, por ahora, signos de debilidad. En primer término, el mercado interno es poderoso consumidor, con una clara acumulación en el gran centro demográfico de la Capital Federal, el Gran Buenos Aires y la provincia del mismo nombre, donde, en 1963, se vendieron

8.721.344 hl, de los 14.758.320 cuya distribución estuvo a cargo de diferentes plantas fraccionadoras en todo el país. En segundo lugar, existe una gran demanda, en lo que influye el costo reducido del vino en comparación con el alza del costo de la vida. En 1964 el litro de vino común se cotizaba alrededor de 25 pesos moneda nacional. El consumo *per capita*, en 1964, ha llegado a 90 litros por habitante, índice sólo superado por Francia e Italia. La línea empinada de crecimiento de la producción, por otra parte, hace necesaria la existencia de posibilidades de exportación, lo cual se persigue en la actualidad. Reflejo de esta aspiración es el proyecto, encarado ahora seriamente, de tipificar los vinos, estableciendo una denominación controlada, de acuerdo con las características de clima, suelo y cepaje, tal como se estila en los más grandes países vinícolas. La concreción de ello significaría, sin duda, la apertura de nuevos mercados, en el plano internacional, con la consiguiente afirmación del cultivo.

En el plano interno, en las economías provinciales, sin embargo, se plantea una encrucijada. El deterioro del precio del vino ha facilitado su mayor consumo; pero, puede preverse su retraimiento si alcanza el nivel de los otros elementos, dentro del proceso inflacionario. La alternativa del menor precio, especialmente, crea un desequilibrio a partir de esta esencial fuente de ingresos, tanto en el orden privado como en el público. Además de la necesaria expansión, hay que insistir, pues, en la imprescindible diversificación de la economía³.

³ INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS Y TECNOLÓGICAS, *Anuario 1963-64*, Mendoza, 1965, pp. 39-44.